

# Encuentro con Bioy Casares

Mauricio Molina

Tuve la inmensa fortuna de conocer a Adolfo Bioy Casares en 1991, año en que se le otorgara el Premio Cervantes de Literatura, en España, y, en nuestro país, el Premio Alfonso Reyes. Nos encontramos en la terraza del *Hotel Majestic*, frente al Zócalo, y hablamos de nuestras pasiones: las mujeres, la literatura, Borges. Bioy era un hombre muy elegante, más un dandy que un intelectual latinoamericano típico: nada de pelo largo a lo Cortázar, ni mucho menos la falsa humildad en el vestir de los escritores de izquierda —en realidad un puro y simple desaliño teatral. Al verlo no era difícil saber por qué Elena Garro se había enamorado de él.

Impecable, con un traje de corte inglés, Bioy en aquel entonces de setenta y siete años, era un hombre juvenil, de mirada intensa y una vitalidad fuera de serie. Podía hablar de box, su más temprana vocación, de tenis, o de carreras de autos, con la misma pasión con que lo hacía de mujeres (utilizaba el término “noviecitas” que me recuerda la forma en que Kafka escribía sobre las mujeres, siempre con diminutivos) y, claro está, de literatura. Combinaba dos envidiables rasgos muy ajenos al común de los intelectuales: un espléndido sentido del humor, una alegría de vivir, y una sencillez que sólo podría calificar de elegante. Recuerdo que hablamos de la literatura fantástica y de lo que le gustaría escribir en ese momento: me dijo que le gustaría crear una novela de corte fantástico, en la que no hubiera un solo artificio tecnológico o sobrenatural. En realidad ese libro ya lo había escrito en *Aventura de un fotógrafo en La Plata*, una novela inquietante y sin lugar a dudas, perfecta.

A lo largo de su trayectoria literaria, Bioy se mantuvo fiel a la literatura fantástica, concentrado en una obra que pone en tela de juicio la idea de que en la literatura lati-

noamericana sólo hay pueblos abandonados, muchachas que vuelan sobre la selva o chamanes que predicen el futuro. A través de las novelas y cuentos de Bioy se comprueba la diversidad de la literatura latinoamericana, su incurable mestizaje, su compleja mezcla de propuestas narrativas y poéticas. La obra de Bioy nos muestra que el único compromiso posible del escritor es con la imaginación.

*La invención de Morel* (1940), primera obra reconocida de Adolfo Bioy Casares, inicia una de las trayectorias narrativas más apasionantes de la literatura latinoamericana. Esta novela, calificada por Borges como “perfecta”, constituye una pequeña suma de las preocupaciones básicas de la imaginación del siglo XX: el enfrentamiento de lo humano con un universo tecnológico incontrolable y autodestructivo; la imposibilidad del amor en un mundo que se revela cada vez más como apariencia; la soledad del hombre moderno, arrojado de la naturaleza y enfrentado a fuerzas que no puede someter. En esa novela, además, están expuestas las dos grandes preocupaciones de Bioy: el amor y lo fantástico.

Al reproducir a los hombres (y en este caso sobre todo a Faustine, el objeto de deseo del narrador), la máquina inventada por Morel los vuelve una proyección sin espesor, sin profundidad, mera apariencia. *La invención de Morel* nos muestra entonces un arquetipo de la mujer eminentemente moderno. La máquina, que reproduce a los hombres y al hacerlo los aniquila, nos enfrenta a una imagen terrible de lo femenino: pura presencia sin espesor, imagen sin carne, fantasma fugaz. Faustine también ha devenido una entidad separada de la tierra y de lo verificable. Ha dejado de ser para convertirse en un ente, ha perdido su esen-

cia “natural” o “real” para convertirse en mera proyección, fantasma, traza.

Sin embargo, el ámbito tecnológico no es el único tema tratado por Bioy. Lector asiduo de Henri Bergson y William James, otra de sus preocupaciones básicas se dirige a explorar el reino de la percepción. Tal es el tema de la novela *Plan de evasión* (1945) que plantea la siguiente hipótesis: ¿puede un hombre ser feliz y sentirse libre encerrado en una cárcel? Los experimentos sinestésicos del gobernador Castel, dirigidos a modificar la estructura del cerebro para ampliar la percepción, suponen una puesta en duda de lo que —acaso por una convención fatal que nos somete a los cinco sentidos— llamamos “mundo real”. Tener cinco sentidos es profundamente azaroso, como lo indica la inquietante cita de William Blake: “¿Cómo sabes que el pájaro que cruza el aire no es un inmenso mundo de voluptuosidad vedado a tus cinco sentidos?”.

Los experimentos de Bioy se dirigen más a la especulación argumental que a la farragosa y superficial experimentación lingüística: son calculados artificios narrativos al servicio de una generosa imaginación. La sencillez de su lenguaje sólo es aparente, ya que esconde el oficio a toda prueba de un narrador mayor.

Si tuviéramos que definir en una sola frase la obra de Bioy, ésta sería la fidelidad de la ficción. Bioy Casares, como pocos escritores del siglo XX, se mantuvo siempre dentro de los límites de la literatura de invención, ajeno a las ideologías que pretendían prescribir la escritura y darle una dirección ajena a su propio universo interior. Este ejercicio de la libertad, absolutamente ejemplar, hace de su obra una de las más estimulantes y enriquecedoras de la literatura latinoamericana de nuestro siglo. **U**